

## LA PROVIDENCIA

EN EL

ORDEN MORAL.

**P**REGUNTAR si hay una Providencia, es preguntar si Dios cuida de sus criaturas, si gobierna este mundo por las leyes que él mismo ha establecido, si arregla la suerte de los individuos como la de las naciones, y si por una accion tan constante como universal, dirige todas las cosas á unos fines dignos de su sublime sabiduría. ¿Cómo podríamos, señores, dudarlo? ¿Cómo no reconocer la mano poderosa que tiene las riendas del imperio del universo, que hace que todo camine á un fin comun, y contribuya á la hermosura, á la armonía y duracion de sus obras? Sobre todo ¿cómo no creer particularmente que tiene la vista fija en el hombre, en esa criatura inteligente, el mas noble de los

seres del globo que habitamos, y que léjos de abandonarle á los caprichos de un ignorado y ciego acaso, arregla y dirige sus destinos? Sí; todo me anuncia una Providencia en el órden moral.

Si consulto la historia del género humano, le veo reconocer en todos tiempos y lugares una Providencia. Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto, en una palabra, una religion: he aquí lo que se encuentra en el antiguo y en el nuevo mundo. Mas todo esto seria no solo inútil, sino insensato, si la Divinidad fuera indiferente á cuanto acontece sobre la tierra. En tiempo del paganismo los hombres extraviados habian dividido el mundo moral, así como el mundo fisico, entre muchas divinidades tutelares: tenian dioses nacionales, dioses domésticos, dioses para el nacimiento y para los funerales; para la paz y para la guerra: así como los tenian tambien para los astros y los mares, para las cosechas y las flores, los frutos, los bosques y las fuentes. Esto no era ciertamente mas que un conjunto de errores groseros; pero del centro de aquellas supersticiones salia siempre la creencia de un Dios presente á todo, y que todo lo rige y gobierna por su suprema voluntad. Todos los legisladores, todos

los verdaderos sabios, los mas ilustres filósofos de la antigüedad pagana, las escuelas mas célebres, como las de Pitágoras y Platon, han profesado el dogma de un Dios, regulador supremo de las cosas humanas: y Epicuro fué considerado generalmente como un impío, por haber desconocido la Providencia. „La primera verdad, dijo Ciceron, de que conviene que los pueblos estén convencidos (1) es, que los dioses son los dueños, los rectores de todas las cosas; que todo se dirige por ellos; que ven los pensamientos y las acciones de los hombres, y que distinguen los buenos de los malos.” Y Plinio el menor empieza su famoso panegirico de Trajano reconociendo „que solo á la Divinidad debió el mundo tan excelente príncipe: „*Principem nostrum divinitus constitutum.*”

Si atiendo á la recta razon, me dirá, que el Dios en extremo sabio debe haber criado al hombre para un fin, al que debe hacer que se dirija por medios dignos de él: que el Dios justo, é infalible apreciador de las cosas, no podrá ver de un mismo modo al que infringe sus deberes con audacia, y al que los cumple con fidelidad: que lleno de bondad no carece de

(1) *De legib. lib. II, núm. 7.*

amor hácia sus criaturas, sino que ama en ellas su imágen, y los dones que se ha dignado concederles; que infinitamente poderoso no es semejante al hombre, cuya accion es limitada asi como sus conocimientos, sino que todo lo abraza, lo ve y lo ejecuta con una sola ojeada, sin que haya que temer se halle como agobiado por el peso del gobierno del mundo, y como embarazado por la inmensa variedad de todos sus pormenores. Dijo, y todo se hizo: quiere, y todo se ejecuta. Así pues tener estas nociones de la Divinidad, de su sabiduría, de su justicia, de su bondad y poder, y no creer en su imperio y su accion sobre la especie humana, esto es, su Providencia en el órden moral, seria el mas extraño é inconsecuente de todos los sistemas.

Pero ¿qué importa creer en Dios, si no haceis de él mas que un ídolo arrinconado en el fondo del Olimpo, que teniendo ojos para ver y oidos para oír, ni vea ni oiga; si le despojais de las armas de su justicia, y os le representais como un padre sin bondad, como un monarca sin poder, y un juez sin rectitud? Esto es reconocer á Dios en el nombre, y ser en realidad ateo; pues un Dios indiferente á la conducta de los hombres, es para ellos como si no existiese.

Digamos pues que un Dios sin providencia es un monstruo forjado por el delirio de las pasiones impacientes de un yugo que las incomoda; un ateísmo práctico en fin, ménos consiguiente, pero tan fecundo en funestos resultados como el ateísmo de opinion.

La voz pues de la razon y el grito general de todo el orbe me dicen que hay una Providencia; y por tanto me parece que en el dia debo detenerme ménos en desenvolver las pruebas de esta sublime doctrina, que en disipar las tinieblas con que los sofistas procuran ofuscarla. Nuestro intento no es pasar por alto las dificultades: las expondremos con ingenuidad. Muchas veces las falsas doctrinas contribuyen á hacer resaltar mas la verdad, asi como la oscuridad da mas brillo á la luz: por lo cual el objeto de esta conferencia será vindicar de los ataques de la incredulidad á la Providencia, considerada en el órden moral.

Me parece oir á un discípulo de Epicuro ó de Bayle decirme con voz esforzada: Por los efectos se debe juzgar de la causa; y si es permitido hablar vulgarmente, por la obra se conoce el artífice. ¿Y cuáles son en este mundo moral los rasgos de una bondad, de una sabiduría y de una justicia infinita que gobierne los destinos

humanos? Si existe un Dios justo, ¿por qué entre los hombres esa distribucion tan desigual de cualidades de alma y de cuerpo, de clases y de condiciones, de bienes y de males? ¿No es parcialidad conceder á uno lo que se niega á otro? Y si es un Dios bueno, ¿para qué esas penas, esos padecimientos que convierten el mundo en una morada de lágrimas? Bajo del imperio de un Dios, que es la sabiduría y la santidad mismas, ¿por qué han de existir esos désórdenes, esos vicios, esos crímenes que manchan la faz de las naciones? ¿Por qué en fin el mal? Si Dios no ha querido evitarle, ¿de qué sirve su bondad? Y si queriendo no ha podido, ¿adónde está su poder? Pasara en hora buena si el mal solo fuera un ligero accidente que no alterase la armonía del conjunto; pero la historia de los hombres es constantemente la de sus vicios y la de sus infortunios; y aun muy frecuentemente se ve que la suerte del hombre de bien es peor que la del málvado. ¿Qué cosa mas agena del ser soberanamente perfecto que gobernara el mundo! Adoradores de la Providencia, ¿qué teneis que responder? Tal es, señores, el language de un ingenio superficial, extraviado por el orgullo y el libertinage.

Así es que cuanto se presenta como incom-

patible con la Providencia se reduce 1.º á la desigualdad, sea de los dones concedidos al hombre por el Criador, sea de las clases ó condiciones en el estado social: 2.º á los males y trabajos que nos hacen infelices: 3.º á los desórdenes y vicios que infaman á la especie humana. Todas estas quejas se desvanecen, si es verdad, como lo es, que esta vida es un tránsito para otra mejor, y que existe otro mundo en donde se compensará completamente cuanto con alguna apariencia de razon pueda chocarnos en el presente. Pero ántes de elevarnos á tan sublime idea, que es la última solucion de toda la dificultad, discutamos las quejas que se acababan de señalar contra la Providencia, y hagamos ver que son algunas veces del todo injustas, y siempre por lo ménos exageradas.

En primer lugar, lo que choca á ciertos incrédulos tétricos é irreflexivos es el ver con que desigualdad estan repartidos entre los hombres los dones naturales, las clases y condiciones. Se quisiera pues que todos naciesen con el mismo grado de fuerza en su temperamento, de belleza en la forma del cuerpo, de luces en el entendimiento, y de goce en los bienes de fortuna. Pero ¿por qué la Divinidad, señora de estos dones, habria de sujetarse en su distribucion á es-

ta rigurosa uniformidad? ¿Qué derecho tenemos para pretender que el Ser soberano é independiente de sus criaturas, tome por medida y regla de sus favores la extension de nuestros deseos? ¿No puede acaso distribuirlos con mas liberalidad á los unos, sin ser por eso injusto con los otros? Guardémonos de formar ideas falsas de la justicia. Vuestros derechos serian indudablemente violados y vuestras quejas serian legítimas si Dios no os concediese cuanto os fuera debido; si se manifestase infiel á sus promesas, ó si no os midiera por vuestros méritos: pero ¿debía el Criador sacarnos de la nada cuando aun existiamos en ella; se habia acaso comprometido á elevarnos á un grado fijo y determinado de perfeccion y felicidad al llamarnos á la vida; y acaso se habia obligado con nosotros por medio de algun pacto, cuyo fiel cumplimiento tuviésemos derecho de reclamar? Léjos de nosotros tan descabellada idea. Reflexionadlo detenidamente, señores: Dios no necesitaba buscar la felicidad fuera de sí; y soberanamente feliz en sí mismo, podia á su arbitrio darnos el ser, ó dejarnos en la nada. La existencia pues es para todos nosotros un beneficio puramente gratuito que hemos recibido de la liberalidad del Criador y

que nunca pudimos merecer; y si era árbitro para no dárnosla, lo era por lo mismo para concedérsela en un grado mas ó ménos perfecto, y para hacer de nosotros unos seres mas ó ménos limitados en las facultades del cuerpo y del alma: de modo que en vez de murmurar por los dones que nos rehusa, debemos mas bien bendecirle por los que nos concede. Que un Magistrado, que por su destino debe igualmente atender á todos, abandone los intereses del pobre por cuidar de los del poderoso exculsivamente, será una parcialidad y una odiosa predileccion de personas: que el rico rehuse pagar al jornalero el salario de su trabajo y sudores, será tambien una terrible iniquidad; pero ninguna comparacion cabe en este caso, porque el Criador no estaba obligado con nosotros por contrato alguno, y nada nos debia, ni aun la existencia. ¿Dónde está pues la injusticia de tratar con desigualdad á unos seres á quienes nada se les debe? ¿No es una verdadera ingratitude desconocer el beneficio recibido, porque se desea otro mayor, al cual no hay derecho alguno?

Aun podremos preguntar á esos partidarios de una rigurosa igualdad en el mundo moral: ¿Quisiérais que en el mundo material fuera to-

do igualmente bello; que en los tres reinos de la naturaleza fuesen uniformes todos los seres de que se componen; que todos los peñascos fuesen mármol, todos los animales leones, y fuego todos los elementos? ¿Habria entónces esa admirable variedad, que es uno de los mas bellos adornos del universo, y en la que resplandecen de un modo tan visible la inteligencia, el poder y la inagotable fecundidad de su autor? ¿Y de dónde se deduce que no debe haber la misma diferencia en el mundo intelectual y moral? No, no exijais que todos los capitanes sean Turenas, Descartes todos los filósofos, todos los oradores Bossuet, y Newtones todos los sabios. Con vuestra rígida uniformidad induciriais á creer que Dios se habia visto estrechado en sus ideas, ó en el uso de su poder; que no tuvo libertad en sus operaciones, y que ha sido comprimido por una invencible necesidad. La variedad denota la libertad, y aquel poder sin límites que obra sin trabajo ni dificultad en el mundo de las inteligencias como en el de los seres corpóreos. Tampoco advertís mas que los inconvenientes de ese plan de desigualdad; pero notad tambien cuales son sus ventajas, y qué gloriosas son para el Criador y el hombre sus consecuencias y efectos. ¡Qué maravilla no es

ver como la Divinidad sabe hacer concurrir á la armonía de sus obras la pobreza y la riqueza, la ignorancia y el saber, la debilidad y la fuerza; como por sus cuidados se conserva siempre entre nosotros esa asombrosa diversidad de gustos, de talentos y profesiones que tienen relacion con todas las necesidades, y que por unos medios tan varios y aun opuestos contribuyen á un solo fin, que es la conservacion de las sociedades humanas! Admirais en el hombre la generosidad, el valor, la modestia: todas estas cualidades os parecen gloriosas para él; pero bajo del sistema de perfecta igualdad, veriais perder estas virtudes todo su brillo. Hermoso es ver al rico despojarse por socorrer al pobre; pero sin la riqueza de unos, y la indigencia de otros, ¿habria liberalidad? Complace ver al poderoso armarse en defensa del desvalido, y aun si es preciso sacrificarse por él; pero sin el poder por una parte, y sin la debilidad por otra, ¿existiria esta generosa proteccion? Las privaciones son las que hacen brillar la paciencia, asi como la modestia resalta en la superioridad de los talentos; y ved aquí como las virtudes que mas honran á la humanidad consisten en ese plan de desigualdad que humilla el orgullo de los que no se hallan en la primera clase. Que-

da probada la falta de fundamento de las quejas deducidas de la desigualdad de las personas y de sus condiciones.

Bien sé que de esta desigualdad de condiciones parece resultar otra muy grande de dicha é infortunio. Se diria á primera vista, que todo es un bien para unos y un mal para otros; y he aquí lo que mas nos incomoda. Huyamos en esto, señores, de toda exageracion, pues muchas veces nos engañan las apariencias. La imaginacion y los sentidos extravian la razon, y tomamos por realidades nuestras fantasías y caprichos. Desgarremos el velo que cubre las diferentes condiciones de la vida humana, y veremos que aquellos mismos á quienes envidiamos su brillante destino son á las veces ménos felices que nosotros. Todo en nuestro estado nos parece áspero, y todo halagüeño en el ageno; vemos en él las flores, pero no sentimos las espinas, y la imaginacion alucinada sueña en un cambio de estado, que tal vez si se realizara, causaria nuestra desdicha. Una de las mas incurables enfermedades del espíritu humano, es el estar disgustado con lo que posee, ansioso de aquello de que carece, y siempre mas atormentado aun por lo que desea, que feliz por lo que posee. Mucho tiempo ha que el poeta ro-

mano en su primera sátira se lamentó de esta inconstancia. El cortesano envidia al solitario su quietud, y algunas veces el solitario echa de ménos el ruido y bullicio del mundo; y cuando el labrador ve sus cosechas destruidas por la tempestad, suspira por la suerte de los moradores de nuestras ciudades: he aquí como el hombre se agita siempre por ser lo que no es. Mas con todo, si caminásemos de buena fe, nos convenceríamos de que todo está dispuesto y acordado de tal modo, que hay en la felicidad de los hombres ménos desigualdad de la que se piensa. No se trata aquí de fascinarnos, ni consolarnos con supuestos arbitrarios; no diré yo que exista una rigurosa compensacion en los destinos humanos, y que para todos los individuos sea la medida de bienes y de males exactamente la misma; pero sí diré que la diferencia es menor de lo que desde luego pudiera creerse. El pobre, por ejemplo, está privado de los goces del rico, ¿pero no está también mas exento de las inquietudes y tormentos de la ambicion? No se sacia en una mesa suntuosa; pero el trabajo sazona los manjares groseros que le alimentan, y no conoce los enfermedades que asedian la molicie. ¡Cuántos hombres condenados á las pomposas representaciones de la grandeza, sus-

piran por las dulzuras de la vida privada! ¿No se ve algunas veces á los poderosos de la tierra despojarse con alegría de la magnificencia para disfrutar de placeres mas sosegados? ¿Quién es aquel cuya alma no se esplaya con la pintura de una vida sencilla y frugal, lejos de la agitacion de las cortes y ciudades? No, la nombradía no es la felicidad. El deleite disgusta, la grandeza fastidia, la fama cansa: vanidad en los placeres, vanidad en las riquezas, vanidad en la ciencia: esto es lo que ha visto el sabio tres mil años hace, y esto es lo que aun vemos. De este modo, y en medio de la desigualdad de sus condiciones, los hombres son mas iguales que lo que parecen ser. Creo pues haber dicho con fundamento que la queja deducida de la desigualdad de los destinos ó suertes humanas es en extremo exagerada.

Pero se dirá sin embargo, y esta es la segunda dificultad, que, aunque la desigualdad de este mundo sea menor de lo que se cree, es tal el órden actual de cosas, que el hombre resulta siempre infeliz, y por todas partes le abrumen los trabajos, las enfermedades y los reveses de la fortuna; ¿y es posible que bajo de un Dios bueno que gobierna este mundo sea el hombre tan miserable?

Procuremos, señores, reducir esta nueva queja á su justo valor. Yo convengo en que el hombre no goza en el mundo de una felicidad pura y sin mezcla; pero por lo mismo que es una criatura, es limitado en todo lo respectivo á su ser. No parece extraño que el hombre carezca de suficiencia para ver de una ojeada todo el conjunto de las verdades conocidas; que no sea bastante poderoso para dirigir á su gusto toda la naturaleza; que no sea tan virtuoso que posea todas las virtudes en el mas alto grado, sin sombra de imperfeccion: en una palabra se mira como una cosa natural que el hombre no sea perfecto ni en talento, ni en fuerza, ni en virtud. ¿Y por qué se quiere pues que sean completos sus placeres, su salud y su felicidad? Supongo que un hombre, despues de una prosperidad continua de cien años, experimentase un ligero dolor: ¿desconoceria por un solo instante de pena la bondad divina, y querria asemejarse á aquel hombre ridículo de que habla la fábula, que picado por un insecto se admiraba de que Júpiter no aniquilase con sus rayos tal monstruo? Luego si Dios, sin dejar de ser bueno, puede permitir algunos momentos de padecer, ¿por qué no una hora, porque no un día? ¿y quiénes somos nosotros para oponer

nuestros cálculos á lo insondable de su infinita sabiduría?

Pondérense cuanto se quiera todas las miserias del hombre: es cierto sin embargo que hay muy pocos tan desgraciados que deseen la muerte ó prefieran la nada á su existencia. En el curso ordinario de la vida experimentamos muy frecuentemente sensaciones de placer y de alegría; y aun los males que padecemos están casi siempre templados con algun consuelo, ó á lo ménos con la esperanza. El hombre, se dice, es infeliz; pero si la desdicha puede servir para purificar y perfeccionar su virtud, para desplegar en él todas las cualidades del entendimiento y del corazon, y elevarle al mas alto grado de heroismo; entónces yo no veré en sus desgracias mas que un feliz incidente, que en los designios paternales de la divina bondad se convierte en utilidad del conjunto de las cosas. El hombre es infeliz; pero si sus infortunios y disgustos son obra suya, ¿á qué imputarlos á la Divinidad? Demasiadas veces el hombre debe atribuirse solo á sí mismo sus desdichas. Seamos mas moderados en nuestros deseos, mas reservados en nuestros discursos, mas racionales en nuestros proyectos, mas sobrios, mas templados, y mas abstraídos de los



deleites y vicios que debilitan al mismo tiempo el alma y el cuerpo; y veremos desaparecer el mayor número de los males que padecemos. El hombre, se dice, es infeliz; pero procuremos no engañarnos buscando la felicidad. No consiste esta en la fortuna, ni en las dignidades, ni en el saber; tampoco se halla en los placeres del mundo, ni en los de la soledad: solo existe en el testimonio de una conciencia libre de remordimientos, y en ella sola se hallan la paz y el placer sólido del alma, la felicidad en fin. En este punto nuestros escritores sagrados se han manifestado mucho mas ilustrados que todos los sabios de la antigüedad. Esta dicha está al alcance de todos: nadie puede arrebatárnosla; é independiente de todos los accidentes de la vida humana, permanece con nosotros aunque perezca cuanto nos rodea. Podrá padecer el hombre virtuoso; pero en la calma de su alma pura no cambiará su destino con el de los malvados que parecen ser los mas felices de los mortales; y las cadenas con que podrá ser agobiado, le serán mas halagüeñas que todas las coronas del vicio triunfante.

Hasta aquí me he ceñido á manifestar la injusticia y exageracion de las quejas que se forjan contra la Providencia, ya sea con motivo

de la desigualdad de los destinos humanos, ya á causa de los padecimientos y desdichas del hombre: paso ahora á responder á lo que puedan tener de legítimo, resolviendo la tercera dificultad. ¿Por qué, se dice, bajo de un Dios santo, bueno, sabio y justo ha de haber esos desórdenes y esos crímenes que tan facilmente podia evitar, que son el azote del mundo, y hacen con frecuencia peor la suerte de la virtud que la del vicio; en una palabra, por qué el mal moral? He aquí lo que vamos á discutir.

Es notorio que la cuestion de la existencia y origen del mal es una de las que mas han ocupado á los filósofos y teólogos tanto antiguos como modernos, y que en ella, como en un escollo, se ha estrellado la razon humana, cuando ha querido apurarlo y saberlo todo. No titubeamos en decir, que es imposible disipar enteramente las tinieblas que envueiven este punto. Si en el estudio de los fenómenos del mundo visible se encuentran tan á menudo cosas que confunden el talento de los sabios mas grandes, y de las que con toda su sagacidad no se puede dar razon, ¿cómo en el orden de unas cosas mucho mas sublimes en el mundo intelectual y moral no han de hallarse puntos superio-

res al alcance humano? Entónces ¿qué debe hacerse? Se debe admirar la Providencia en todos los rasgos de poderío y sabiduría en que se manifiesta, y creerla igualmente admirable en aquellas cosas que nos oculta. Si os precipitais en el ateismo, ¡qué delirio! ¡Qué contradiccion, si admitis un Dios, pero sin providencia; y qué ceguedad arrojaros á decir que no hay ni bien ni mal! Una Providencia gobierna este mundo, y existe el mal sin embargo; son dos verdades innegables: pero ¿cómo se concilian? Yo pudiera reducirme á deciros que en esta parte nada sé, y recordaros con los ingenios mas sublimes, como Descartes, Clarke y Bossuet, que nunca se deben abandonar las verdades bien aclaradas, por las dificultades que parecen insolubles; pues de otro modo todo seria incierto, hasta la misma geometría. El primer geómetra del último siglo Euler confiesa que se han propuesto contra esta ciencia „unas dificultades tan capciosas, que se necesita no poco trabajo y sutileza para refutarlas exactamente.” Así pues aun cuando yo no pudiese ilustrar suficientemente la cuestion del permiso y existencia del mal en el mundo, no por eso desmayaria mi fe en la Providencia. Por una parte me mantendria firme en la verdad, así como por otra con-

fesaria sin rodeos mi ignorancia, y obedeceria á los impulsos de una razon ilustrada, humillándome ante la sublime ciencia de Dios. En todo, señores, es preciso saberse contener; y en el raciocinio, así como en las acciones, la verdadera fuerza se halla en una medida justa.

Pero no tememos entablar la discusion, y sin la pretension de disipar todas las nubes, presentaremos á los ingenios ilustrados y dóciles suficiente luz para ver que el mal nada tiene de incompatible con la santidad, la sabiduría y la justicia de un Dios que dirige la suerte de los mortales.

Es verdad que el Dios tres veces santo, como le llaman nuestros sagrados libros, aborrece en extremo toda mancha que empañara su Ser divino, y que tiene la inalterable voluntad de no hacer cosa indigna de su perfeccion; pero el mal solo mancha á las criaturas que le cometen, y en medio de los desórdenes de estas la santidad de Dios permanece inalterable. No imaginemos que deba ser Dios considerado como autor del mal que permite. No puede decirse lo mismo del mundo moral que del mundo material: en este todo camina y se ejecuta por movimientos mecanicos, y los fenómenos que nos presenta la naturaleza pueden ser considerados como

obra de Dios, siempre que son resultado preciso de las leyes de que Dios solo es el autor. Pero no es así como se gobiernan los espíritus inteligentes y libres: el hombre es capaz de obrar por razon y por eleccion: está dotado de la sublime facultad de comparar, de reflexionar, y de decidirse; y por este motivo él es lo que es, es decir, racional. Se le ha concedido la libertad para que abrace el bien por eleccion, y que tenga el mérito de practicarle: es verdad que libre en escoger ó el vicio ó la virtud, puede dirigirse hácia objetos indignos de su afecto, y apasionarse de lo que le está prohibido: en una palabra, hacer el mal. Pero no le ha hecho Dios libre para eso. La libertad procede de Dios, el abuso viene del hombre, y su determinacion por el mal es tan solo obra suya. Tan léjos está el Criador de haberse propuesto el mal, que ha dado al hombre conocimiento del bien, la conciencia, los remordimientos, y la razon para distinguir la virtud del vicio; para evitar el uno y practicar la otra; y la religion nos da á conocer los socorros divinos con que su misericordiosa Providencia auxilia á la naturaleza para iluminar nuestros entendimientos, y mover nuestros corazones. ¿Quién no ve ademas que permitir el mal no es lo mismo que quererle y hacerle?

¿Es acaso el maestro que enseña la dialéctica y la elocuencia autor del abuso que se podrá hacer de sus lecciones, defendiendo el vicio y la mentira?

Pero se dirá aún: ¿por qué no impide la bondad omnipotente de Dios todos esos abusos del libre albedrío siéndole tan fácil evitarlos? Es cierto, señores, que el Dios bueno debe manifestarse en sus beneficios; y todas sus obras deben llevar el sello de su munificencia: pero aquí se presenta una reflexion convincente de que os suplico os penetreis bien: esta es que en Dios la bondad no es una especie de inclinacion ó instinto ciego, sin luces ni reglas, que se dirija al bien de las criaturas sin ninguna consideracion á los demas atributos divinos. La conducta de Dios en sus obras no solo debe presentar el carácter de su bondad, sino tambien el de su sabiduría, de su justicia, de su independencia y de su imperio soberano sobre todo lo que vive y alienta. ¿No es natural que sus obras sean la manifestacion de todo su ser divino, y que Dios obre como Dios? Luego no es solo la cualidad de Padre la que deberémos considerar en él, sino tambien la de soberano y señor del universo. Como Padre comun de todos los hombres, á todos debe muestras de su amor; pero

como rey y legislador supremo ¿por qué no ha de poder imponernos leyes, exigir de nosotros todos los homenajes de sumision y gratitud, y hacer depender nuestra dicha de nuestra fidelidad? Son ciertamente deplorables los abusos del libre albedrío, origen del mal, así como es humillante para nosotros la debilidad de nuestra inteligencia, origen de tantos errores; pero si Dios no está obligado á hacernos infalibles en nuestros juicios, ¿por qué ha de estarlo á hacernos impecables en nuestras acciones? Se querrá que para evitar el mal encadene nuestra libertad, ó que nos hubiese hecho unos autómatas que caminarian al bien por necesidad? ¿dónde estaria entonces el mérito de la virtud? La libertad para obrar el mal es la que da valor á nuestra fidelidad, y hace la práctica de la virtud tan meritoria para nosotros y tan gloriosa para la Divinidad. Deseamos solo ver en Dios su bondad, porque ella nos infunde confianza aun en medio de nuestros desórdenes; y olvidamos su soberanía porque intimida nuestras pasiones; pero si no queremos engañarnos á nosotros mismos dando á los deberes de la bondad divina una extension imaginaria, no separemos jamas en Dios los títulos de infinitamente bueno y de infinitamente grande.

Si insistiendo aun en lo mismo se pregunta, como el Dios sabio ha podido ser autor de un mundo lleno de desórdenes; responderemos que ese Dios es bastante poderoso para convertir el mal en bien, y hasta en el mayor bien; que el permiso del mal, que parece á primera vista como opuesto á su sabiduría, sirve para hacerla resaltar mas, y que bajo de varios aspectos el mal contribuye por sí mismo á la belleza y á la perfeccion del mundo moral. En efecto, señores, ¿no es digno de admiracion el ver como Dios sabe gobernar esta multitud de voluntades libres y encontradas; arreglar hasta su mismo desarreglo; hacer entrar sus desórdenes en el orden universal, y conservar las sociedades humanas á pesar del desenfreno y choque de las pasiones opuestas que trabajan en confundirlo y destruirlo todo? Considerais siempre en sí mismos esos vicios y desórdenes que son la vergüenza y azote de la humanidad; y no quereis reflexionar que lo que desgraciadamente es un mal muy verdadero, se convierte sin embargo en cierta especie de bien. Si no hubiese mal en el mundo, el bien tendria ménos valor, ménos mérito, y seria ménos apreciado. El vicio es lo que mas hace resaltar la virtud, así como la tempestad hace brillar el esplendor de un her-

moso día. La generosidad resplandece mas al lado de la avaricia, la pureza de las costumbres al lado del libertinage: la clemencia aparece mas magnánima en medio del furor de las venganzas, y la paz doméstica es mas interesante en medio de las discordias que por lo comun afligen á las familias. Así es que puede decirse sin exageracion que hay en el mundo moral, así como en el mundo fisico, una clase de belleza que nace de las oposiciones y del contraste.

Colocaré aquí una observacion importante para haceros conocer cuan cautos debemos ser en fallar sobre los designios de Dios, y la sabiduría de los medios que emplea para llegar á sus fines pasajeros sobre la tierra. Situados en un solo punto del tiempo y del espacio, estamos muy acostumbrados á considerar solamente el instante y el sitio en que estamos, cuando deberia nuestro pensamiento extenderse á toda la cadena de los siglos. Sorprendidos del mal presente, vivimos poco para poder ver su enlace con el bien general; y porque la Providencia no camina en sus designios tan veloz como nuestros deseos, tomamos ocasion de blasfemar contra ella. Los designios de Dios son inmensos, y nuestras miras limitadas. Distinguiamos acaso bien las relaciones de lo que es con

las de lo que ha sido, y con las de lo que será? ¿Conocemos la conexion con la plenitud y fines ulteriores de todas las obras del Eterno, para someterlas á nuestra censura? Muchas veces el tiempo descubre el objeto de los acontecimientos; y lo que era inconcebible á los contemporáneos que los vieron, es palpable á la posteridad. Así es que nos confundimos al ver al inocente hijo de Jacob, cuya interesante historia han conservado nuestros libros sagrados, vendido por sus hermanos, esclavo en Egipto, arrojado en un calabozo; pero si recordamos que sus infortunios fueron como otros tantos escalones que le condujeron á la cumbre del poder, en la que fué el salvador de Egipto y de su familia, y que sus desgracias pasajeras fueron como el eje sobre que rodaban los destinos de un pueblo entero, ¿no deberá su suerte excitar mas bien nuestra admiracion que nuestra crítica? Frecuentemente nuestras quejas son tan injustas y tan infundadas como comunes.

Cuando en otro tiempo los pueblos bárbaros del Norte cayeron sobre las provincias del imperio romano, y causaron tantos desastres en el centro de las naciones católicas de España, Francia é Italia, sucedió que los cristianos débiles en su fe se atrevieron á preguntar en qué